

Los rituales escolares: Pasado y presente de una práctica colectiva

Inés Dussel
Myriam Southwell

¿Quién no tiene recuerdos de infancia de los actos con mulatas/os vendiendo empanadas, patriotas repartiendo escarapelas, granaderos o patricias mendocinas? El recuerdo brilla más si alguna vez fuimos elegidos para representar a San Martín, Belgrano o Moreno (aunque, claro, a las mujeres en general nos resultaba difícil sumarnos a una estirpe de héroes patrios mayoritariamente masculina). Y se vuelve más tierno o cómico si el acto en cuestión era una fiesta de fin de año, donde podían permitirse otros personajes más cotidianos, chistes e ironías.

Ese recuerdo suele estar teñido por emociones distintas: la alegría de ser elegidos para actuar o para portar la bandera, el temor a decir mal alguna línea o a quedar en ridículo frente a nuestros compañeros, y otras sensaciones ambivalentes frente a situaciones que nos exponían de cuerpo entero ante una comunidad escolar amplia. También, claro, el aburrimiento y la sensación de ajениdad frente a ritos que nos parecían solemnes y graves, sobre todo cuando no éramos convocados a participar.

Algunos autores señalan que esta condición de generar emociones es característica de los rituales, porque implican a los cuerpos, las palabras y la música de manera especial. Madeleine Grumet, una antropóloga educativa norteamericana, rememora los actos escolares de su infancia y se sorprende con los detalles que se acuerda: blusas con botoncitos de perla para el acto de fin de curso, el disfraz de mexicana para la Danza del Sombrero del día de las Américas (12 de octubre), el moño verde de la reunión mensual de la asamblea escolar. La autora se inquieta por esta primacía de los detalles de la ropa en sus recuerdos, y se pregunta si esa fijación con la ropa habla de una cierta frivolidad de la memoria. Lo interesante es la respuesta: cree más bien que los rituales escolares tienen mucho que ver con la textura, con sentir “una piel nueva”, con ser parte de una experiencia particular que se destaca del común de los días precisamente por esos detalles.

Los recuerdos de Grumet nos ayudan a entender que los rituales no son cualquier actividad que se rutinizan, sino acciones que están cargadas de un sentido, y que representan una experiencia colectiva. Son acciones que se

repite en el tiempo, quizás no por las mismas personas (podemos casarnos una sola vez o ninguna en la vida, y sin embargo sabemos que ese ritual significa algo porque es una conducta social reconocible), pero eso no las convierte en rutinarias. Son momentos especiales que marcan el pasaje de un estado a otro; por ejemplo, el ritual de la formación e izado de la bandera quiere marcar el cambio de la entrada desordenada al colegio al comienzo de la actividad de estudio, de la calle a la clase.

Pero los rituales no sólo eso: buscan crear conexiones emocionales e intelectuales entre los participantes, crear un estado de comunidad (ya sea a través del silencio y el recogimiento, o a través de un canto, entre otras posibilidades), y organizar a los cuerpos en un orden con ciertas jerarquías. Formar filas de menor a mayor estatura, a los varones y a las mujeres en hileras diferentes, o decidir una organización más flexible y menos rígida, son opciones que contribuyen a crear comunidades distintas. El ritual opera a través de todo eso: de las emociones que generan, de la disposición de los cuerpos, de la elección de las palabras y las músicas que compartimos. Forma y contenido son igualmente importantes: el ritual enseña por cómo nos pide que nos quedemos en silencio o que hablemos, por a quiénes otorga la palabra, por la creatividad que permite o por la rigidez que impone. Si se rutinizan, si pierde eficacia, si se convierte en algo que se hace mecánicamente sin ninguna emoción, eso habla de que algo está fallando en la forma y/o el contenido de esos rituales.

Los rituales en la escuela

Los rituales y actos escolares (que son formas particulares del ritual, marcados por el calendario escolar pautado por las efemérides) movilizan aspectos muy distintos dentro de las instituciones escolares. Por un lado, ponen en juego dinámicas institucionales que tienen que ver con la división del trabajo entre colegas, la organización del calendario escolar y las relaciones interpersonales entre colegas y con los alumnos y las familias. Los actos escolares, como dice Norberto Ares en este dossier, son momentos en que las escuelas se exhiben frente a las familias, pero también son de las pocas oportunidades en que alumnos de cursos diferentes comparten una actividad. Hay

una representación de la escuela en los actos que es, antes que nada, una representación ante sí misma, ante la propia comunidad. Se muestra como conjunto, y busca decir algo sobre el conjunto, y para el conjunto.

Por otro lado, los rituales muestran a las escuelas en conexión con una comunidad más amplia: la nación, la comunidad, incluso la humanidad –como cuando se conmemora el Día de la Convivencia en la Diversidad Cultural (19 de abril) vinculada al aniversario del levantamiento del Ghetto de Varsovia-. La decisión de reunir a la escuela para conmemorar un determinado acontecimiento significa promover activamente un aprendizaje sobre por qué ese acontecimiento es importante para muchos otros, no sólo quienes están presentes ese día en esa escuela. Por ejemplo, la incorporación del 24 de marzo dentro de los actos escolares tiene que ver con reiterar que para la comunidad de los argentinos es importante el principio de

“Nunca más al terrorismo de Estado”. Es algo que nos debería unir como colectivo nacional, y que queremos que las nuevas generaciones aprendan y repitan. Pero también el saludo diario a la bandera, o su reemplazo por un saludo más “laico” y desacralizado que instituye unas palabras de bienvenida y comienzo de la jornada escolar, son formas de conexión con una comunidad más amplia, de producción de identidades colectivas.

Esta doble característica, de representación interna a la comunidad escolar y de construcción de identidades y vínculos con colectividades más amplias, es el origen de varias tensiones que fueron resolviéndose de manera distinta a lo largo de la historia. Algunas veces, el peso estuvo puesto más en lo colectivo amplio, mientras que la comunidad escolar singular quedaba difusa o borroneada. Otras veces, la idea de una fiesta escolar propia se impuso sobre la construcción de identidades públicas más amplias.



“A veces, la escuela se pasa semanas organizando los actos, y este carácter festivo y de encuentro entre maestros, alumnos y familias es un elemento muy significativo para la producción de una comunidad escolar”.

También fue cambiando, y mucho, el contenido de las identidades colectivas que se buscaron promover. Veamos algo de esa historia.

La matriz religiosa y militar de los rituales escolares

Desde la época de la independencia, las escuelas del territorio argentino adoptaron rituales colectivos para conformar pautas morales y de conducta. El rezo diario, por ejemplo, se repetía muchas veces al día. Las Fiestas Mayas (por la celebración del 25 de mayo) y las Fiestas Julias (semana de la independencia) empezaron a organizarse en la misma década de 1810, como forma de promover un sentimiento nacional independentista en los pocos alumnos que en ese momento concurrían a las escuelas.

Pero la intensificación de los rituales vino de la mano del sistema educativo nacional que se termina de organizar a fines del siglo XIX. En ese momento, se toman los modelos religiosos de rezo y oración colectivos, y se suman también las experiencias militares de organización de los cuerpos. Así, al saludo diario a la bandera (herencia del rezo matutino) se le impone el formato de filas disciplinadas que se mueven acompasadamente. En la revista *El Monitor* de 1891, se dice que “los niños obedecen las órdenes como movidos por un resorte, comprendiendo el interés e importancia que tiene la uniformidad”¹. El “moverse en orden” empezó a ser un valor escolar que tenía repercusiones en las formas de relación política que se que-

ría inculcar. También por esas décadas se establecen festejos centralizados; por ejemplo, por circular del 19 de julio de 1907, las escuelas tenían que pedir permiso al Consejo Nacional de Educación para celebrar otras fiestas que no fueran las del 25 de mayo y el 9 de julio. Unos meses después, en marzo de 1908, se les pide a las escuelas que pidan autorización para colgar cuadros y retratos en las escuelas. El control de las fechas y fiestas fue unido a una disciplina férrea sobre las imágenes, modelos y símbolos que debían identificarnos como comunidad (Amuchástegui, 2002). Un ejemplo interesante es que el Día del Árbol, que había sido instituido por Sarmiento como una fecha clave para celebrar la historia del planeta y el amor por la naturaleza, fue desterrado del calendario escolar por no acomodarse a esta identidad patriótica chauvinista y exclusivista del primer Centenario. Fueron rituales rígidos, pensados para asimilar a una identidad nacional pensada también de forma rígida, y que excluían cualquier posibilidad de apropiación y creatividad por parte de las escuelas.

No pretendemos hacer la historia de los rituales escolares, que por otra parte empieza a ser escrita, entre otros por Amuchástegui (2002) y Eliezer (2005). Pero cabría destacar, en esa larga serie, la exacerbación del militarismo y el autoritarismo de los rituales en la última dictadura militar (1976-1983). En una resolución ministerial de 1978 sobre el uso y tratamiento de los símbolos nacionales, se destaca que “la irrespetuosidad e irreverencia a los Símbolos Nacionales en sus diversas formas y grados implican un ataque a la esencia misma de la argentinidad (...); un ultraje a sus próceres y a las generaciones de argentinos que (...) han contribuido a forjarla; un agravio a la Patria.”² Que el desorden en la fila fuera leído como gesto anti-patriótico puede sonar exagerado, pero habría que alertar que aún se escuchan algunos ecos de esta equivalencia en algunos discursos educativos.

Los desafíos de un ritual democrático

Desde la recuperación de la democracia en 1983, las características más militaristas de los rituales empezaron a ser fuertemente cuestionadas. Sin embargo, creemos que la herencia de esta experiencia dictatorial en la forma de pensar los rituales escolares no es menor, no sólo en





quienes reivindican algunos de sus modos sino sobre todo en quienes nos oponemos a ellos. Pareciera que, si el ritual fue lo que pudimos ver y vivir en la dictadura, no puede ser otra cosa. Toda forma de orden u organización de los cuerpos como colectivo correría el riesgo de reinstalar un orden dictatorial y autoritario. Y si bien ese riesgo existe (no sólo con los actos escolares), vale la pena preguntarse si podemos rescatar algo de las ceremonias cívicas de la escuela para construir identidades colectivas democráticas.

En relación a las identidades colectivas que se promueven en los actos escolares actuales, hay otro elemento a destacar: muchos buscan formas más participativas y actualizadas. Por ejemplo, es común buscar yuxtaponer la historia a la vida cotidiana de los alumnos, es decir, “traer la historia al presente”; también se quiere desacartonar las representaciones, incorporando elementos de la estética televisiva como las entrevistas o las escenas paródicas. A veces, la escuela se pasa semanas organizando los actos, y este carácter festivo y de encuentro entre maestros, alumnos y familias es un elemento muy significativo para la producción de una comunidad escolar.

Pero también puede señalarse que en este desplazamiento hay algo que se pierde, que es la voluntad de construir identidades colectivas más amplias y más democráticas, esto es, identidades que salgan del estereotipo del discurso escolar clásico y que enseñen algo valioso sobre la nación, sobre la comunidad, sobre los humanos. De alguna manera, la escuela aparece muchas veces replegada sobre sí misma, proponiendo identidades escolares fuertes, pero con dificultades para proponer identidades sociales que nos articulen como comunidad –probablemente porque, como señala Eliezer en su artículo, ellas estén más cuestionadas-. En esas ocasiones, las identidades colectivas que promueve son las que aportan las estéticas juveniles de moda: las coreografías de programas de televisión, las canciones o las celebridades del momento. Sin caer en la crítica moralista a la televisión, vale la pena preguntarse si son estas referencias efímeras y pasajeras las que queremos que articulen un sentimiento e identidad colectivos. Creemos, más bien, que hay que poner más energías en buscar creativamente (y quizás con ayuda de quienes manejan esos lenguajes estéticos

mejor que los educadores: los artistas) cómo representar escenas que movilicen, que conmuevan, que interesen y que hagan pensar en qué nos une como comunidad. Pueden ser alegres o serios, según la ocasión; lo que sería deseable es que no sean banales y que no pierdan la capacidad de conmover.

No es imposible, ni es necesariamente difícil y elaborado. Hace un par de años atrás, escuchábamos un acto escolar que nos tomó de sorpresa en una escuela secundaria un día que no estaba previsto del calendario escolar. Era un 18 de julio, y sin que nadie lo esperara el director dijo que sería bueno reunir en ronda a los alumnos en el patio. Cuando los tuvo cerca, les recordó que somos un país compuesto -entre otras proveniencias- por emigrados de Europa y otras latitudes; describió cómo esos emigrados habían construido asociaciones de ayuda mutua a su llegada al país, y junto con nombres como *Unione e Benevolenza* situó a la Asociación Mutualista Israelita Argentina. Luego acentuó que lo que había pasado no afectaba a un grupo particular de la población sino a la Argentina toda y la Humanidad. Fueron sólo 20 minutos y no hubo himno ese día, pero los alumnos participaron de una instancia en la que su mundo particular se topó con otras experiencias, se inscribieron en una historia y se conmovieron en el presente. Hubo un ritual que los conectó con otros sentidos más amplios que la propia experiencia escolar, y que buscó hacerlos sentirse parte de una comunidad en la que sucedieron cosas terribles, pero en la que también se hace memoria y se busca justicia.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS

Amuchástegui, Martha, “Los actos escolares con bandera: genealogía de un ritual”, Tesis de Maestría, Escuela de Educación, Universidad de San Andrés, 2002.

Eliezer, Marisa, “La nación en la escuela. Un análisis de los actos escolares en contexto de crisis”, Tesis de Maestría, Escuela de Educación, Universidad de San Andrés, 2006.

Grumet, M., “Restaging the civil ceremonias of schooling”, *The Review of Education/Pedagogy/Cultural Studies*, vol. 11, pp. 39-54.

¹ “Los batallones escolares”, *Monitor de la Educación Común*, 31 de Mayo de 1891, p. 1162.

² *Normas sobre las características, tratamiento y uso de los símbolos nacionales*, Res. Min, 1635/78.